

tudios, y en la que obtuvieron las primeras dignidades. Todos se distinguieron por una vida ejemplar, y se modelaron fielmente sobre aquel tipo de santidad que se les había mostrado en el Noviciado.

Prosiguiendo nuestra historia, mandaron á los novicios salir á la calle sin prepararles ni designarles alojamiento, y salieron efectivamente á las cuatro de la tarde sin haber probado bocado desde Torquemada, esto es, por espacio de once horas, á lo que se agregaba la fatiga del viaje, la lluvia, el interrogatorio y el despojo de los vestidos.

Y estos pobres jóvenes, que en su primer paso por Palencia habían sido recibidos con honor y benevolencia, esta segunda vez fueron tratados ignominiosa y brutalmente. Al despedirlos, el Alcalde mayor les dijo que á los que quisiesen seguir á los Padres al destierro nada les darían para el viaje, y á los que se restituyesen á sus casas se les asignaría un real por legua.

Déjase ahora considerar el dolor y tormento que sufrirían unos jóvenes honestos y vergonzosos, y muchos de ellos cria-

dos con delicadeza, al recorrer las calles de Palencia en un ridículo equipaje, siendo la diversión de los muchachos y el escarnio de los disolutos!

Pero acordándose de la desnudez y de los viles andrajos que pocos días antes habían meditado en el dulcísimo Capitán Jesús á la vista de todo el pueblo de Jerusalén, se consolaron con tan soberano ejemplar.

Bien es verdad que, por otra parte, este espectáculo causaba no menos pena y tierna admiración en las personas cuerdas, piadosas y reflexivas, que lamentaban la suerte de estos pobres jóvenes. Y aunque entonces era peligroso dar acogida á los jesuitas, y por esta razón no se atrevían las personas buenas á recibirlos en sus casas, á pesar de esto muchos les hicieron llegar víveres y dinero, y aun vestidos con que cubrirse.

El primer paso de los novicios al verse en la calle fué dirigirse á cierta comunidad religiosa, en donde en su tránsito anterior habían sido recogidos y agasajados con caridad; mas ahora, no por mala vo-

luntad, sino por temor en vista de lo que pasaba, después de haberlos hecho esperar media hora en la portería se les despidió sin otra respuesta ni socorro sino decirles que no estaba el Superior en casa.

De allí pasaron á otra comunidad, y se les respondió de parte del Superior que no podían recogerlos sin el consentimiento del Alcalde mayor; y como ellos insistiesen en que sólo pedían un socorro para remediar la gran necesidad que padecían, se les envió un peso duro, con cuya limosna se retiraron al atrio de la misma iglesia, perseguidos siempre del importuno gentío.

Con este pequeño recurso se acogieron á una posada, en la que nada tuvieron que sufrir por parte de los huéspedes, pero sí de los continuos concurrentes, que se atropellaban para inducirlos y mortificarlos. Entre los novicios había uno llamado Lorenzo Algüero, hijo del Secretario del Ayuntamiento de Valladolid, que en los pocos meses que había estado en el Noviciado se señaló por sus progresos en la piedad y observancia religicsa.

En Torquemada había sido solicitado por uno de sus parientes para que volviese á su casa paterna; se negó á ello con valor, y á todo lo que accedió fué á escribir á su padre una carta protestándole que se hallaba pronto á verter su sangre antes de abandonar la Compañía.

En Palencia se hallaba en el patio del convento, cuando dos conocidos se acercaron á él, instándole que pasase á su casa á descansar y tomar un bocado, y que luego volvería á reunirse con sus compañeros.

Resistióse también; pero le arrebataron por la fuerza, y metiéndole en un coche le enviaron á Valladolid al lado de sus padres, á pesar de su resistencia y lágrimas. Lo mismo hicieron al propio tiempo con Isidro Ruperto Torrente, natural de Ledesma, á quien enviaron á Salamanca aprovechando el retorno de un coche.

Pasaron los novicios aquella noche con el desconsuelo que se deja discurrir, viéndose sin los dos Hermanos que con tanta violencia les habían arrebatado. Sin ellos quedaban hasta el número de *treinta*, y

su primera diligencia luego que amaneció, fué destacar á un hermano coadjutor llamado Juan de Villanueva para que se adelantase hasta Santander y se informase si era cierto que se habían embarcado los Padres, como se lo pretendían muchos persuadir; y hubo en esto tal empeño, que un sujeto de distinguido carácter fingió una carta que decía haber recibido de un hermano suyo residente en aquel puerto, en la que le aseguraba se había efectuado ya el embarque de todos los jesuitas de León y Castilla la Vieja.

Los más sagaces de entre los novicios no dejaron de sospechar el engaño, y para salir de toda duda tomaron aquel expediente, más cuerdo y advertido de lo que se podía esperar de su mucha perturbación y de sus pocos años.

Evacuada esta diligencia, que les pareció la más precisa, trataron de hacer otra que también era necesaria si habían de tomar algún sustento aquel día. Despacharon como á la mitad de los compañeros á pedir limosna en las puertas de la catedral, y por las calles y casas de la

ciudad; pero lo supo la autoridad, y dió orden al alguacil mayor de recogerlos á todos en el mesón, *pena de ser conducidos á la cárcel* si pronto no obedecían.

De dos faltas les acusó el alguacil en esta ocasión: la primera, de haber salido á pedir limosna por las calles públicas sin licencia del Provisor y del Alcalde mayor; y la segunda, de que dos novicios pedían limosna con estas palabras: «*¡Nos hacen ustedes el favor de dar una limosna para los que siguen á Cristo!*»

En seguida de estas acusaciones y amenazas, les intimó el alguacil otras tres órdenes: primera, que no saliesen de casa, al menos para pedir; segunda, que no se tratasen de Hermanos, pues ya no eran jesuitas; tercera, que en toda aquella mañana se retirasen de Palencia.

Determinaron, pues, ponerse en camino para obedecer la orden, y pidieron al alguacil que les diese un carro que llevase sus atillos, y en que fuesen los más débiles y enfermizos, ofreciendo pagar ellos mismos el bagaje, y en efecto, tres de ellos no podían emprender el viaje á pie.

Pero nada pudieron conseguir, porque se cerró el alguacil en que no había orden para darles cosa alguna. En vez de bague que pedían por su dinero, les volvió á cargar de dietarios, que no habían menester, pues de este género ya se llevaban abundante provisión.

Repitióles el tratamiento de locos, de men tecatosy demozos perdidos, añadiendo de nuevo el calumnioso dictado de *rebel-des al Rey*, siendo así que la pragmática sanción les dejaba en libertad de quedarse en España ó de seguir al destierro (1).

No pudiendo alcanzar nada de la autoridad civil, se presentaron dos de ellos al Obispo, quien los respondió que era cosa que tocaba á los magistrados, y les aconsejaba que se marchasen pronto, pues de otro modo temía que les pusiesen en la cárcel. Pero no acobardó á los generosos novicios este desamparo; antes confiados más y más en la providencia del Señor, y siguiendo el consejo del Prelado, resolvieron

---

(1) Otra versión dice que fué el mismo Alcalde mayor quien los trató de esta manera.

emprender inmediatamente su viaje á pie con sus atillos.

Con esta resolución salieron de Palencia el 22 de Abril á las doce de la mañana en número de *veintisiete*, porque de los *treinta* que habían quedado uno fué enviado á Santander, como se ha dicho; otro no se atrevió á seguir poseído de una profunda melancolía, y el tercero se había quedado en Palencia indispuerto.

Manuel Cancellá mostró en todas estas luchas una constancia, una fuerza de alma verdaderamente heroica. Antes de ponerse en camino estaba de tal modo agotado de fuerzas, que sus connovicios, admirados de su resolución de seguirlos, le representaron su extrema debilidad, y sobre todo su mal de ojos, que no le permitía sufrir la luz: «Confieso francamente, dijo Cancellá, que no puedo emprender el viaje sin guía; pero conozco la inagotable caridad de mis Hermanos, y estoy seguro de que me conducirán por la mano. Si se encuentra en el camino algún torrente, espero que me lo harán pasar sobre sus hombros, y por todas partes mi ángel con-

tará mis pasos y los ofreceré á Jesucristo, por cuyo amor emprendo el viaje.» Dios premió su generosidad, pues en el camino mejoró de la vista y lo pudo seguir hasta su término.

Antes de la salida de los novicios, sus Hermanos que se habían decidido á volver al seno de sus familias fueron á saludar á sus antiguos compañeros, los abrazaron con ternura, les suplicaron que se acordasen de ellos delante de Dios, y entre lágrimas y grandes muestras de afecto se despidieron, repitiéndoles que si no les seguían no era por su voluntad, sino vencidos por el temor y la violencia.

Sigamos á los viajeros, y consideremos lo mucho que habían de padecer unos jóvenes delicados, criados en sus casas la mayor parte con comodidad, y algunos hasta con regalo, poco avezados á viajar de esta manera; así es que sufrieron grandes trabajos, y rendidos, aspeados y hambrientos llegaron á Burgos.

Antes de llegar á esta ciudad, tuvieron la advertencia de que se anticipasen cuatro de los más despiertos á poner en noti-

cia del Arzobispo y del Intendente que los novicios de Villagarcía que iban en seguimiento de los Padres habían de pasar por Burgos, y deseaban saber si se les permitiría la entrada, solicitando al mismo tiempo licencia para pedir limosna en ella.

En lo primero no les puso embarazo el Prelado, pero lo segundo se lo negó rotundamente. El Intendente no les impidió el tránsito, y se conformó con la resolución del Prelado, aunque desde luego comenzó á disuadirlos de su empeño, calificándolo de locura. Dióles de limosna una peseta para que comiesen los cuatro aquel medio día, y les intimó la orden de que, en llegando todos á la ciudad, se presentasen al anoche-  
cer en su casa.

A cosa de las seis de la tarde del 24 de Abril entraron todos en el mesón que les tenían prevenido los cuatro aposentadores, quienes les hicieron saber la orden del Intendente y lo que les había pasado con el Arzobispo, añadiendo que, al tiempo de despedirlos, este señor mandó que les diesen un redingote y una capa á los dos más ne-

cesitados y les encargó que volviesen al día siguiente.

Se presentaron efectivamente los cuatro, y el caritativo Prelado les dió trescientos reales, acreditando de este modo que en el acto de negarles la licencia para mendigar no había influido la dureza y la insensibilidad, sino otras razones de prudencia y de política (1).

El Prelado respetó la constancia de los novicios y no quiso tantearla; pero no lo hizo así el Intendente, el cual, cuando se presentaron á él, les hizo un largo discurso con gran copia de razones especiosas para disuadirles de su propósito. Añadió que si no le creían á él, al menos creyesen á los mismos religiosos de su Orden, pues él había hablado sobre este punto con el Padre Calatayud, misionero apostólico tan conocido en España, y con el docto P. Gabriel Barco, catedrático en la Universidad de Salamanca, y ambos desaprobaban altamen-

---

(1) Este fué el mismo Arzobispo que después, por complacer á Carlos III, publicó la inaudita Pastoral contra la doctrina de los jesuitas.

te su determinación, calificándola el primero de locura y el segundo de bobería, á la que no hallaba otra disculpa sino el fervoreillo del Noviciado y la inconsideración de la poca edad.

Con esto los despidió, diciéndoles que cada uno reflexionase lo que le convenía hacer, y les encargaba que no concurriesen á la iglesia, ni á otra parte alguna, todos juntos en forma de comunidad, y que volviesen á su presencia el día siguiente al anochecer.

Retiráronse los jóvenes aturdidos y llenos de confusión, no tanto por las razones propias del Intendente, que no les parecieron sólidas, como por el parecer que adujo de los PP. Calatayud y Barco, no vacilando en decir que si estuviesen ciertos de la verdad de sus opiniones desistirían de su empeño.

Con esta inquietud pasaron la noche, y á la mañana siguiente fueron algunos de ellos á oír misa á la catedral. Viólos un prebendado llamado D. Joaquín Oarrichena, Canónigo penitenciario de la misma catedral, cuya santa vida era la admiración de

toda la ciudad; acercóse á ellos, y les encargó que los dos novicios más antiguos le esperasen en su casa después del coro. Recibiólos con el mayor cariño, les procuró vestidos y les dió 25 duros de limosna, que era todo lo que tenía.

Puso el colmo á sus bondades disipando sus temores, resolviendo sus dificultades y dándoles esperanzas de que llegarían á Santander antes de la salida de los Padres.

Impaciente el celo del Intendente por saber el fruto que había hecho su exhortación, no esperó á la hora que él mismo había señalado, y á cosa de las tres y media de la tarde despachó un recado á los novicios convocándolos á su casa.

Reuniéronse con la mayor presteza que pudieron, pues estaban esparcidos en varias partes, y cuando los tuvo en su presencia les preguntó si habían consultado su determinación, como se lo había encargado. Unos le respondieron que sí y otros que no, y algunos de estos últimos le dijeron que solamente lo habían consultado con Dios y su conciencia.

Preguntó á los primeros quiénes habían sido sus consultores; y como uno le dijese que el Penitenciario, y el otro un Padre Maestro Trinitario, al punto replicó el Intendente: «¿Esos qué consejo les habían de dar si son de la escuela de la Compañía?» De nuevo los exhortó con varias razones á desistir de su empeño, y los despidió diciéndoles que al día siguiente á las ocho de su mañana debían estar todos fuera de la ciudad, so pena de encerrarlos en un calabozo.

Salieron los jóvenes de su presencia con gran pena, aunque otra mayor tuvieron que devorar aquella noche que llegó más al alma; porque dos novicios que confesaron ingenuamente que con nadie habían consultado, por consejo ó por orden del Intendente se fueron á consultar el punto con un religioso grave que él mismo les indicó.

Apenas los oyó aquel Padre Maestro, cuando resueltamente les dijo que no podían en conciencia seguir á los jesuitas profesos sin gravarla con pecado mortal; y como uno de ellos le respondiese que

tenía hecho voto de seguirlos hasta que no pudiese más, con igual resolución le respondió aquel religioso que no le obligaba el voto en semejante ocasión.

No sabemos en qué doctrina apoyaría este teólogo su dictamen; pero el hecho es que, al oírlo los timoratos novicios de tal persona autorizada, al punto fueron á firmar que desistían de su primer intento; y como ambos eran mozos virtuosos, á vista de su ejemplo se rindieron otros dos; y si no lo hicieron todos los demás, fué por un efecto especial de la divina providencia.

En medio de esta nueva amargura, hicieron los restantes aquella noche las diligencias que juzgaron precisas para su viaje, y una de ellas fué pedir al Intendente licencia para buscar por cuenta de ellos mismos algún carro ó cualquier otro bagaje para llevar la ropa y demás efectos con que se les había socorrido.

Negóselo aquel Ministro sin saber por qué razón, pues cualquiera puede buscar un carro por su dinero, y no necesitaban de semejante licencia; pero se pretendía hacer mérito de usar de todo género de

violencias con aquellos pobres novicios, cuyo gran delito era el querer ser fieles y seguir su vocación.

Hallándose en el doloroso conflicto de perder la mayor parte de la ropa y comestibles que la compasión y caridad de personas piadosas les habían suministrado, y de que tanto necesitaban, acudieron á su generoso protector, el respetable eclesiástico de quien hemos hablado, el cual los consoló y los exhortó á que saliesen sin cuidado de la ciudad al tiempo que les había señalado el Intendente, con la entera seguridad de que él les procuraría un carro en que fuese todo lo que habían recogido, aunque no podía ser aquella noche ni por la mañana temprano con motivo de sus obligaciones de la iglesia, pero que el carro de seguro les seguiría.

Sosegados y contentos con este prudente arbitrio, el día *veintiséis* de Abril salieron de Burgos, á la hora que se les había fijado, en número de *veintiuno*, habiéndose quedado en la ciudad dos enfermos y otros dos sanos para cuidarlos.

A la segunda jornada les alcanzó el



carro, aunque con mucha falta de la ropa, que desapareció en el camino.

Continuaron su viaje á Santander con incomodidades y fatigas, pero mezcladas con el singular consuelo de haber sido recibidos y tratados en casi todos los lugares de su tránsito con inexplicable ternura, veneración y agasajo.

Tuvieron también la alternativa de otros consuelos y aflicciones, porque vieron arrancar de su seno y compañía, violentamente, á un fervoroso novicio por las manos de su mismo padre, que anduvo *cuarenta* leguas para cogerle, mientras, que en cambio vieron, á otros defenderse de todos los halagos de sus familias y marchar constantes.

En Reinosa se encontraron con el Hermano Villanueva, que volvía á informarles de su encargo. Dijoles que se había presentado al Obispo de Santander, quien le recibió con benevolencia y le allanó el camino para hablar al Magistrado. Pidió á éste el permiso para ver á los Padres, y se lo negó, aunque luego le concedió que hablase al Provincial y al Maestro de no-

vicios, los cuales les encargaron que volviere á encontrarse con los jóvenes y los animase á continuar su viaje, dándoles esperanzas de que podrían embarcarse con ellos. Las noticias de Villanueva llenaron á los novicios de consuelo, la fatiga les parecía suave y los padecimientos ligeros. Reanimados de alegría acabaron en dos días el resto de su viaje, y entraron en Santander en 30 de Abril.

Pero esto no bastaba para contentar el celo de Villanueva, pues sabiendo que habían quedado en Burgos los dos enfermos y otros dos sanos para cuidarlos, continuó su camino á pie para dicha ciudad. Le habían pintado las bondades paternales del Penitenciario, y se hospedó en su casa.

Este venerable sacerdote alabó los caritativos esfuerzos de Villanueva, pero le añadió: «En cuanto al viaje que acabáis de hacer es inútil, porque de los cuatro novicios que quedaron aquí, tres, espantados por no sé qué fantasma de pecado, me han dejado al cabo de tres días para volver á sus familias. El cuarto está aquí, pero no puede acompañaros porque todavía sigue

enfermo, y no debéis permanecer mucho tiempo aquí, no sea que lleguéis tarde á Santander y perdáis la ocasión de embarcaros.»

Villanueva habló al enfermo y le dió ánimo, y él declaró que quería seguir á sus Hermanos al destierro; y, efectivamente, poco tiempo después ganó el Ferrol, en donde se reunió á los Padres.

En cuanto á Villanueva, después de haberse fortalecido recibiendo los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, salió de Burgos y volvió á Santander, en donde se embarcó con todos los demás dos días después.

Los novicios tuvieron el disgusto de perder á dos de sus Hermanos; uno poco antes de llegar á Santander, y el otro al entrar en esta ciudad; ambos de una virtud probada, de carácter muy amable y naturales de aquel país.

El primero fué Manuel Varrón, quien no lejos de Reinosa vió que su padre venía hacia él, y á pesar de sus lágrimas y de las instantes súplicas de los novicios, le obligó á ir con él á su familia.

El segundo, llamado Carlos Serra, del pueblo de Colindres, había ya llegado á Santander. Un tío suyo salió á su encuentro antes de su llegada; saludó á los novicios al parecer cordialmente, y los acompañó hasta la ciudad manifestándoles una grande amistad. Luego fué á buscar á su sobrino, que se hospedaba en una casa particular, y le hizo las más vivas instancias para que fuese á ver á sus padres, que estaban cerca.

Carlos respondió con firmeza que se hallaba dispuesto á marchar con sus Hermanos, y que no quería perder la ocasión de embarcarse con ellos mientras fuese á visitar á su familia. «No temas nada, respondió el tío; luego que hayas saludado á tus padres, yo te acompañaré á esta ciudad.»

Con esta promesa consintió Carlos; pero apenas llegó á la casa paterna, de tal modo se vió asediado que de ningún modo pudo salir de ella á pesar de sus instancias, y no se supo más de su paradero.

Lo primero que hicieron los novicios llegando á Santander, fué suplicar al Juez

que les permitiese ver á los Padres que estaban encerrados en el Colegio; pero el Juez no lo consintió por entonces, aunque les permitió que mendigasen la hospitalidad entre los habitantes.

Luego que esto se divulgó, los principales de la ciudad los acogieron á porfía en sus casas, tratándolos con la mayor caridad durante ocho días, hasta el embarque. El que hospedó á Cancellá le apreció de tal modo, que por todas partes elogiaba su modestia, su gravedad religiosa y su grandeza de alma.

El día 6 de Mayo recibieron la orden de reunirse en casa del Sr. D. José Nieti, secretario del primer Magistrado de Santander, que nunca había tenido relaciones con los miembros de la Compañía; pero cuando fué testigo de su constancia y conformidad el día en que les fué comunicada su expulsión, no pudo contener las lágrimas, y entrando en su casa confesó á su esposa que hasta entonces no había conocido á la Compañía.

Desde este instante se mostró el más decidido de toda la ciudad á prodigar mil ser-

vicios, tanto á los Padres encerrados en el Colegio como á los novicios. Reunidos éstos en casa de Nieti, les dijo que el Magistrado estaba resuelto á permitir el embarque á todos los que habían ido de Villagarcía si permaneciesen en su intento.

Hizo luego una lista de los novicios, la que entregó al Magistrado; y éste, asegurado de la voluntad de cada uno de embarcarse sin pensión alguna, les dijo que volviesen el día siguiente y los conduciría al Colegio.

Hallábanse los Padres en este edificio con la estrechez que se deja considerar, ocupando *trescientos sesenta* individuos una casa destinada á lo sumo para *catorce ó dieciséis*. Eran *veinte* los novicios que habían quedado, y al fin en 7 de Mayo, á las dos de la tarde, entraron en el Colegio, siendo recibidos con el mayor consuelo por los Padres, y se abrazaron felicitándose mutuamente de su dicha.

Aumentóse la alegría de los novicios al vestir las sotanas de la Compañía, que los Padres se las tenían preparadas, y entonces el P. Pedro de Calatayud los llamó,

y abrazándolos tiernamente les dijo:—«Es ciertamente la mano poderosa de Dios la que os ha llamado y conservado en la Compañía de su Hijo.» —Y comparaban los novicios esta conducta con lo que les habían dicho de él en Burgos.

Los veinte novicios que permanecieron constantes y se reunieron á los profesores en Santander, eran catorce escolares y seis coadjutores ó legos.

Los escolares se llamaban: Isidoro Arévalo, Pedro Otero, Manuel Cancellá, Manuel Camo, Francisco Javier Camo, Gaspar Ferrero, Manuel Aciera, Francisco Descalzo, Domingo Jorge, José Otero, Francisco Javier Bouzas, Vicente Antonio Calvo, Joaquín Maestu, Julián Mochales. Y los coadjutores: Juan de Villanueva, Martín Fermín Ezcurra, Manuel González, Andrés Martínez, Francisco Losada y José Alonso Alloense. Embarcáronse finalmente todos, y después de varias peripecias abordaron á Calvi, en donde no tuvieron poco que sufrir, como lo veremos más adelante.

Nos complacemos en consignar aquí el

ejemplo de abnegación de un joven novicio, llamado Manuel Lanza, natural de las cercanías de Santander. Entró en el Noviciado de Madrid, y estaba á punto de pronunciar sus primeros votos cuando en la antevíspera de esta ceremonia intimaron á los jesuítas el decreto de expulsión.

Los novicios fueron conducidos al convento de benedictinos, en donde se presentó un oficial de la Corte é hizo saber á los novicios que se les dejaba la libertad de seguir á los Padres al destierro, pero que en este caso no se les concedía ninguna subvención.

El oficial encargado, traspasando su cometido, les añadió que no pensasen en reunirse á los Padres, que, habiendo salido antes, habían encontrado en Cartagena prontos los buques que debían transportarlos, y que sin duda alguna habrían partido del puerto antes que llegaren los novicios, y que, por consiguiente, no les quedaba otro remedio sino el de volverse á sus familias.

Después de estas insinuaciones les intimó la orden de quitarse el hábito religio-